DT 06 18

Teníamos que llegar a Wagner algún día, y nunca es pronto si la dicha es mala. Por cierto, que el título que arteramente nos ha colocado Isabel es el de un panfleto que en su madurez, Nietzsche escribió contra Wagner. Pero ya en su juventud, cuando era un adorador de Wagner y los panfletos los escribía a su favor, dijo que Wagner no es el profeta del porvenir, sino el glorificador del pasado.

Nietzsche tenía mucho olfato para estas cosas, y Wagner es de verdad un caso. Probablemente se ha escrito sobre él más que sobre cualquier otro músico, y casi nada de lo que se ha dicho tiene que ver con la música. Hay tanta razón para ello que yo tampoco puedo sustraerme a esa ley.

El problema puede formularse, por ejemplo, así. Wagner es uno de los grandes de la música, pero en más de un año de este programa no hemos oído nada tan ridículo como la danza de los aprendices de los maestros cantores, ni de un gusto tan grueso como la famosísima cabalgata de la Valkiria. Hay en el fondo un secreto genérico.

Como todos los compositores dedicados a la ópera, Wagner subordinó su música a unas capacidades literarias por lo menos mediocres, que en este caso son las del propio Wagner. Pero esto, y la melodía fácil, es una característica general de la ópera y lo que gusta a su público. Esto y el prestigio pseudo-cultural, la ópera es uno de los mejores ejemplos de Kitsch, que es, por cierto, un concepto alemán excelentemente expuesto por un nativo de la tierra del belcanto, Humberto Eco.

Desgraciadamente, aquí no nos cabe la sociología de la ópera. La del Wagnerismo en particular puede dejarse a Teodor Adorno y el Kitsch a apocalípticos e integrados. Aquí nos cabe sólo la música de Wagner, que es considerable.

En conjunto, el Wagnerismo y su ópera, como de otra manera la de Verdi, es el último y lamentable sobresalto de un romanticismo ya condenado a muerte. El neogótico, el gusto por lo sacro, por la ceremonia ritual, y por la fantasmagoría religiosa. Pero su música, aún subordinada a ello y así llena de efectos extramusicales, es bella e importante en la historia.

La repetición de melodías fáciles, la pobreza rítmica y métrica que Wagner comparte con el romanticismo agonizante, la acumulación de efectos vulgares, no debe ocultarnos sus méritos. Wagner maneja, crea una orquesta de un poder fabuloso y es un maestro del timbre orquestal. Su tratamiento de la armonía es realmente innovador y el secreto de toda la música posterior.

El preludio de Tristán es el primer anuncio definitivo de una nueva era musical. Naturalmente, no aconsejaré discografía de las óperas completas de Wagner. En antologías instrumentales, los discos de Walter, Boulez, Karajan y Bèhme merecen ser conocidos.

Pero hay dos colecciones en tres discos, publicadas ambas por EMI, y al menos una de las dos

es indispensable. La de Furtwängler, el más grande wagneriano de la historia, con la batuta y con la pluma, y la que estamos oyendo de Klemperer, un inmenso director que recomiendo a todo el mundo y que en este repertorio ha realizado la antología perfecta para una discoteca básica.